...ueda del rey d. Sancho

10682

GALERÍA DRAMÁTICA

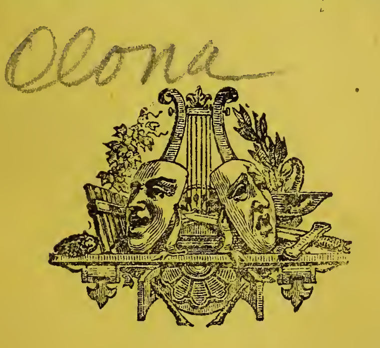
DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

Olona



9

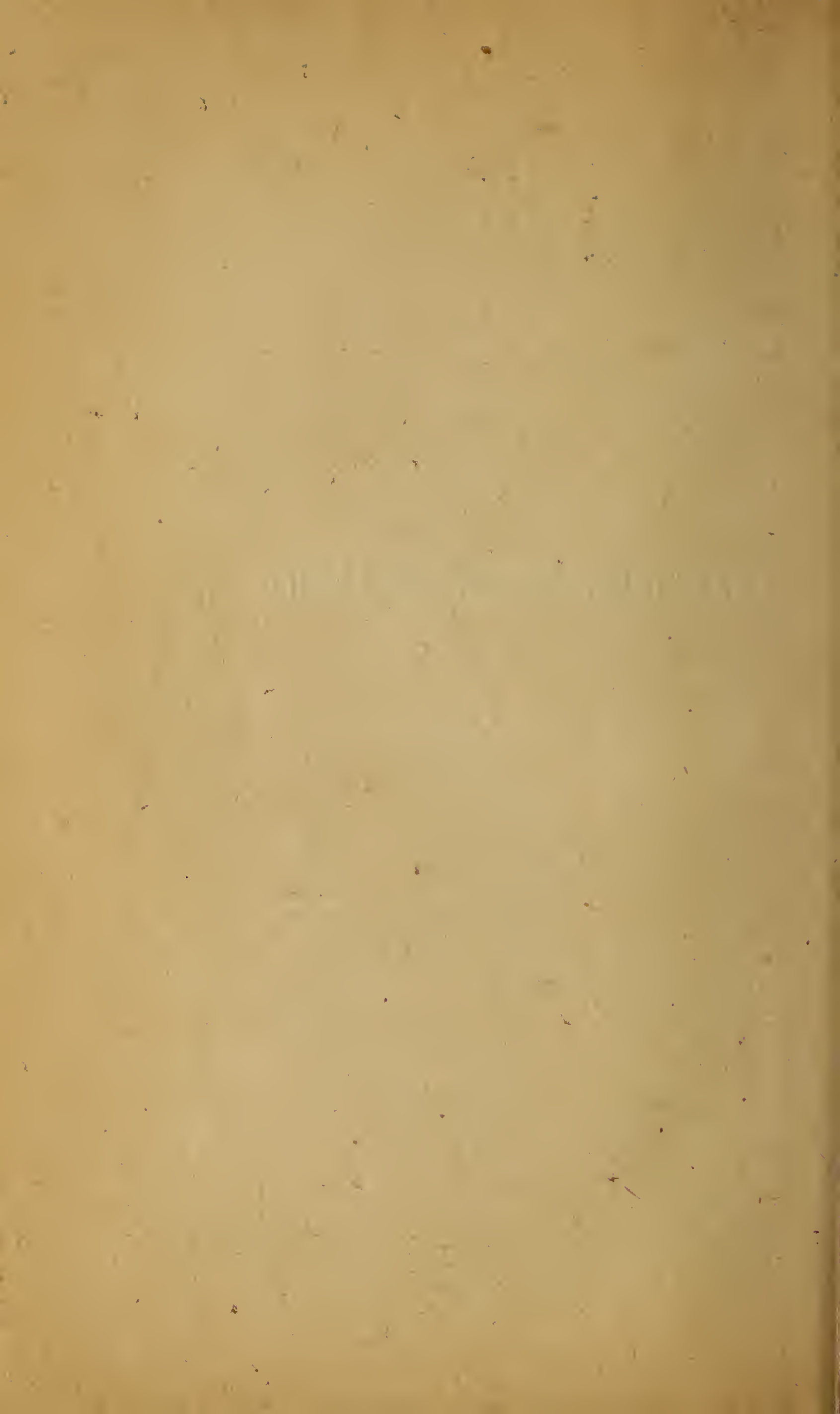
OFICINAS

CALLE DE COLUMELA, NÚM. 11, PISO PRINCIPAL

MADRID



LA TIENDA DEL REY DON SANCHO



LA

TIENDA DEL REY DON SANCHO

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON LUIS DE OLONA

Este drama ha sido aprobado para su representación por la Junta de censura de los teatros del Reino en 28 de Julio de 1852



PRECIO: UNA PESETA

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, 5
1885

PERSONAJES

DON SANCHO III, *rey de Castilla.*
DON FERNANDO II, *rey de León.*
DON ALVAR, *caballero al servicio de don Sancho.*
RODRIGO.
UN CENTINELA.
Caballeros y soldados de don Sancho.

La acción en 1159

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, ***D. Manuel Pedro Delgado***, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscrición de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la ***Gaceta*** del 12 del propio mes y año.

ACTO ÚNICO

El teatro representa el interior de una alquería, con algunos adornos y trofeos que le dan el carácter de tienda de campaña. Al fondo una puerta grande; otra á la izquierda del público, y otra á la derecha; esta última figura ser la habitacion de D. Sancho. En el fondo del teatro una antorcha encendida. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

RODRIGO. Dentro EL CENTINELA, que al correrse el telon entona la cancion siguiente:

CENTINELA. (Cantando dentro.) «A Talavera llevando
su estandarte vencedor,
la orgullosa media luna
rota á sus plantas miró.»

RODRIGO. Canta, castellano, canta
de mis gentes el baldon,
y enciende la llama altiva
de mi venganza feroz.
Canta la aciaga jornada
que con sangre señaló
las glorias de don Alfonso,
la afrenta de mi nacion.
Oiga la noche tu acento,
que al lucir el nuevo sol
has de trocar tu alegría
por suspiros de dolor.
Arrulla el tranquilo sueño
del hijo del vencedor,
mientras el momento acecha

672549

vigilante mi rencor;
canta, que ya se aproxima
presurosa la ocasion
que un año entero mi astucia
vengativa preparó;
canta, que si don Alfonso
con su muerte me burló,
aun me han quedado los reyes
de Castilla y de Leon.

CENTINELA. (Canta dentro.) «Nada contuvo su arrojo,
ni su esfuerzo vaciló,
que al brillar nuestros aceros
el infiel cobarde huyó.»

RODRIGO. Miente tu boca, villano,
y el oscuro trovador
que así quita á los vencidos
lo que la fama les dió.
Como buenos peleando,
ni uno tan sólo volvió
cobarde el rostro á las huestes
del caudillo emperador.
¡Yo los ví verter su sangre
sin desmayar, ¡vive Dios!
hasta morir uno á uno
sin treguas ni compasion!
¡Yo ví hollar con sucia planta
el cadáver de Almanzor,
que arrastraba por las calles
la soldadesca feroz!
¡Yo lo ví, y era mi padre!
Yo lo ví, y el corazon,
reconcentrando su pena
en saña fiera, dejó
mi amargura sin suspiros,
sin lágrimas mi dolor.
Sólo una vaga esperanza
vida y fuerzas me prestó,
y en mi pecho desde entonces
cautelosa se abrigó.

Por ella, sólo por ella
se agita mi corazon,
sólo por ella respiro,
sólo por ella aquí estoy.
La muerte del rey Alfonso
mi venganza no apagó,
pues dejóme por herencia
dos hijos, reyes los dos,
cuyo exterminio juré,
para quienes mi rencor,
en vez de un puñal, la intriga
venenosa preparó.
Fijando mi patria y nombre
en la córte de Leon,
la astucia y la hipocresía
influjo y poder me dió.
Del rey Fernando el carácter
ligero y fácil, abrió
ancho campo á mis designios,
á mis iras ocasion;
y al fin, con arte mañoso,
logré tan grande favor,
que el instrumento le hice
de mi dañada intencion.
De sus nobles más leales
mi calumnia le apartó,
y cuando Sancho, su hermano,
por ellos intercedió,
«guerra á don Sancho» le dije,
y guerra injusta movió;
y hoy, al frente uno de otro,
mi astucia los colocó.
Al despuntar de la aurora
debe el combate feroz
empezar; mas no ha de ser,
pues antes que brille el sol,
mi venganza ha preparado
de entrambos la perdicion.
¡Por eso dejé los reales

de Fernando de Leon,
y á los de don Sancho vine;
Fernando, imbécil, siguió
de mis planes el intento;
Sancho, necio, en mí fió!...
Ya es hora; tal vez me aguarda;
no perdamos la ocasión,
y si la suerte me ayuda
dueño seré de los dos...
Canta, castellano, canta (Yéndose.)
las glorias del vencedor,
que has de trocar tu alegría
por gemidos de dolor. (Váse.)

ESCENA II

DON SANCHO y los caballeros que salen por la puerta derecha; DON ALVAR que sale por el fondo. Se oye dentro música y ruido.

SANCHO. (A los caballeros.)
Ved qué ocurre.
ALVAR. (Entrando.) Rey don Sancho...
SANCHO. ¿Quién altera así, don Alvar,
el silencio de la noche?
¿Qué me indica esa algazara?
ALVAR. Señor...
SANCHO. Hablad.
ALVAR. Nuevas tropas
protegen nuestra demanda.
SANCHO. ¿Qué decís?
ALVAR. Al campo llegan,
y al son de bélicas marchas,
con vítores de alegría
vuestro nombre excelso aclaman.
Mándalas Garci-Gutierrez,
á quien lanzó de su patria
vuestro hermano, y que hoy os brinda
con su brazo y su pujanza.
Al frente de cien jinetes
que valerosos cabalgan

en gallardos alazanes
que el sol de Córdoba inflama
Garci-Gutierrez agita
la bandera castellana,
que rápido el viento azota
en la punta de su lanza.
Los soldadados que le siguen
rayos son de las batallas,
vencedores veteranos,
predilectos de la fama.
Caballero y aguerrido
es el jefe que los manda,
y no hay quien mida con ellos
en el combate la espada.
Yo los conozco, don Sancho,
y habeis de verlos mañana,
cual tigres embravecidos,
arrollando á cuchilladas
enemigos escuadrones
hasta el pié de sus murallas.
Aceptad, señor, su brazo;
por mis labios lo demandan,
y yo á más os lo suplico.
(Hincando la rodilla.)

SANCHO. Alzad del suelo, don Alvar.
¿Conque así Garci-Gutierrez
en mi favor se declara
siendo mi hermano su rey?
¡Cosa es esta que me extraña!

ALVAR. Defensor fuísteis un día
de esos nobles, por villana
calumnia desposeidos
de su nombre y de su patria.
Por ellos á don Fernando
nuestra bondad soberana
intercedió inútilmente;
por ellos y por la causa
de su justicia apelais
á la suerte de las armas;

y ellos, á fuer de valientes
caballeros, os consagran
su vida, como el deber
y su honor mismo reclaman.

SANCHO. La gratitud que me muestran
llena de placer mi alma,
y sus nobles sentimientos
mi labio el primero ensalza;
pero consentir no puedo
que de ese modo la espada
desnuden como rebeldes
cuando Sancho los ampara.
La razon de los vasallos
en vil proceder se cambia
desde el punto en que el acero
contra su señor levantan.
Campeon de sus derechos
hoy el cielo me señala,
y pues lo quiso así Dios,
sólo mia es la jornada.
No pierdan, como traidores,
lo que como hidalgos ganan,
y entiendan que la justicia,
siendo justicia, ella basta.
Podeis llevar mi respuesta;
si fatigados se hallan
del camino, que al descanso
se entreguen sólo hasta el alba;
no he de verlos en mis filas
al empezar la batalla.

ALVAR. Son tan bizarros soldados...

SANCHO. Con mi gente castellana
me sobra para vencer
de Fernando la arrogancia.
Marchad al punto.

ALVAR. Obedezco.

(Váse por la puerta del fondo.)

SANCHO. (Volviéndose á los caballeros.)
Señores, hasta mañana;

necesito de reposo;
haced que velen mis guardias.
(Vánse los caballeros por el fondo.)

ESCENA III

DON SANCHO, solo

SANCHO. ¡Oh, cuán triste y cuán sombría
la noche á mis ojos pasa,
siendo nuncio de amarguras
y sepulcro de esperanzas!
¡Cómo al través de sus velos
terribles misterios guarda,
ocultando en las tinieblas
los objetos de mis ánsias!
¡Qué horribles presentimientos
mi corazon despedezan,
y cómo el deber me impone
y el cariño me maltrata!
Frente á frente de mi hermano,
cual enemigo, mañana
yo he de verme en el combate
que su orgullo provocara.
¡Yo en su sangre, que es la mia,
tal vez teñiré mi lanza!
¡Yo!... Justicia, ¡cuánto puedes,
y á cuánto ¡ay triste! me arrastras!
¡Qué inquietud! ¡Qué afan horrible!
¡Cómo lucha incierta el alma,
en el porvenir buscando
un consuelo á su desgracia!
Tiemblo que el momento llegue;
siento que el momento tarda,
que esta guerra fratricida
á un hondo abismo me arrastra.
Sal, y con tu luz, aurora,
paz y descanso derrama,
disipando mis temores

y alentando mi esperanza;
y si decretó el destino
que la sangre de mi raza
se vierta, dáme á lo menos
la firmeza que me falta.

ESCENA IV

DICHO, DON FERNANDO y RODRIGO; estos dos últimos asoman por la puerta de la izquierda, y al ver á don Sancho, se detienen

RODRIGO. (Aparte á don Fernando.)
Entrad, pues.
(Viendo á don Sancho.)
No, deteneos.

SANCHO. Me rinde el sueño; Dios haga
que al despertar, más tranquilo
recobre el pecho su calma.

(Váse por la puerta derecha. Rodrigo se adelanta, se acerca á la habitacion de don Sancho cautelosamente, observa y vuelve donde está don Fernando.)

ESCENA V

DON FERNANDO y RODRIGO; el primero envuelto en una capa

RODRIG. (A don Fernando.)
Podeis entrar.

FERNAN. Rodrigo...
(Vacilante y mirando al campo.)

RODRIG. ¿Qué os agita?
¿Por qué se cubre con el denso velo
de mortal palidez vuestro semblante?
Don Fernando, ¿temeis? Yo no lo creo.
Volved en vos. ¿Por qué la vista ansiosa
en el campo fijais?

FERNAN. Porque en él dejo
mi honra, mi nombre y mi valor perdidos,
y aquí sin honra y sin valor me veo.

RODRIG. ¿Sin valor?
FERNAN. Sí, Rodrigo.
RODRIG. Pues entonces,
¿para qué de la noche en el silencio,
sobornando las guardias de don Sancho,
vinimos á sus reales encubiertos?
Si dudais que la suerte nos proteja,
si ya os arrepentís, si teneis miedo...
perdonad mi lenguaje, tiempo hubo
para no haber seguido mi consejo.
Volver atrás, señor, es imposible;
ya es preciso triunfar, y... no hay remedio,
sólo un camino para el triunfo resta:
ó seguirlo, ó morir.
FERNAN. Morir primero
mil y mil muertes antes que asesine;
porque... es verdad, Rodrigo, tengo miedo.
Espada en mano y en combate rudo
nunca temí al contrario cuerpo á cuerpo;
mas vibrando el puñal, mi brazo tiembla,
no puedo herir con él, soy caballero.
RODRIG. ¡Teneis razon, y en tanto vuestro hermano,
con los nobles rebeldes, el soberbio
castellano estandarte en nuestro campo
clavará vencedor!
FERNAN. ¡Viven los cielos!
¿Cómo ha de ser mientras Fernando viva?
¿Quién hará sucumbir el noble esfuerzo
de mis bravos leoneses? No, ninguno.
Que vengan, pues, sus castellanos fieros;
los aguardo, que vengan... ¡Oh, qué pronto
en sangre y polvo los mirara envueltos!
RODRIG. ¿Y si el destino su favor os niega?
FERNAN. ¿Qué dices?
RODRIG. Todo á su poder sujeto,
esa victoria que contais segura,
quizá en derrota trocará severo.
FERNAN. ¡Calla!
RODRIG. Vencido, fugitivo y solo,

¿cómo habeis de volver á vuestro reino,
si en vez de lauros, vuestra sien ornada
llevará la vergüenza por trofeo?

FERNAN. ¡Rodrigo, calla!

RODRIG. ¿Os amedrenta acaso
mi pronóstico?

FERNAN. ¡Sí!

RODRIG. Cuando el remedio
teneis en vuestra mano, no concibo
cómo el temor se abriga en vuestro pecho.
Por mi nombre, que nunca imaginara
que arrepentido vos, con vil recelo,
con pueriles escrúpulos, ahora
desmayara aquí mismo vuestro aliento.
¿No tuvísteis lugar para pensarlo?
¿No abrazásteis gustoso mi proyecto?
¿No os hallais en el real de vuestro hermano?
A una leve señal, ¿no están dispuestos
los soldados que ocultos preparara?
¿Qué nos resta que hacer?

FERNAN. Sí, te comprendo;
mas tú no sabes que de noche y dia,
luchando mi razon y mi deseo,
al renunciar á la venganza, lloro;
al cometer el crimen, me arrepiento.
Vacilante, sin paz y sin ventura,
ni yo mismo me explico lo que quiero,
y en insomnios terribles, la conciencia
fatídica amenaza mis intentos.

RODRIG. Ilusiones no más.

FERNAN. Pero, ¡qué horrendas!
Solo en mi tienda, al entregarme al sueño,
no bien cierro mis párpados, confuso,
sordo rumor prolóngase á lo lejos,
y crece, y se aproxima, y se desata
en retumbante ruido y ronco trueno.
Entre las sombras de la noche miro
levantarse y cruzar pálido espectro...
tristes quejidos de su pecho lanza;

brilla en su mano fratricida acero,
y poco á poco, y con incierto paso,
se acerca misterioso hasta mi lecho;
levántome aterrado, sin sentido,
y él con sonrisa que abortó el infierno,
clavándome sus ojos, me fascina,
y á sus piés me aprisiona á mi despecho;
su brazo extiende (Agitado); mis cabellos toca;
se ase de ellos cruel; me arroja al suelo,
y al punto desaparece, y en la fuga
deja en mis manos el puñal tremendo!
(Aterrado.) ¡Sangre vierten sus filos gota á gota!
¡En sangre tintos mis vestidos veo!...
(Llevándose las manos al rostro.)
¡A mi rostro salpica!... ¡Ay!... huyo en vano.
¡Charcos de sangre por doquier encuentro!
¡Sangre por todas partes me persigue,
me fatiga, me ahoga!... ¡No; no quiero,
Rodrigo, no; salgamos de estos sitios,
y un aire más tranquilo respiremos.

RODRIG. ¿Salir? Jamás. Esas visiones mismas,
en vez de condenar vuestro proyecto,
os dicen que con sangre solamente
el triunfo lograreis; y hasta el momento
en que el puñal en ella no se tiña,
vendrá á pedirla vengativo espectro.
¿Qué aguardais, pues? Herid, el tiempo vuela
y descubrirnos pueden.

FERNAN. ¡Qué perverso
tu influjo arrastra la flaqueza mia!
¡Cómo penetra fácil en mi pecho
el veneno sutil de tus palabras!
Sella el labio, Rodrigo; yo no puedo,
sin que despierte mi ambicion traidora,
escuchar de tu boca los consejos.

RODRIG. Pues si tanto poder en vos ejercen,
¿por qué los despreciais? ¿Con cuál intento
pudiera yo, señor, aconsejaros?
Reflexionarlo bien. Si por efecto

de la suerte, mañana en el combate
quedais vencido con oprobio eterno,
ludibrio de señores y vasallos,
ni un solo amigo encontrareis en ellos.
En este instante la victoria es vuestra;
sólo un golpe y no más, y el orbe entero
rey de Castilla y de Leon os mire,
y ante vuestro poder ceda su esfuerzo.
¡Ceñid hoy mismo la imperial corona
cual vuestro padre la ciñó en un tiempo;
muera don Sancho, y en su trono altivo
potente y vencedor tomad asiento!
¿Qué vale de ridículos temores
el influjo mezquino, si hay por medio
un solio desde el cual se dictan leyes
al más alto confin del universo?

FERNAN. Sí, sí; tienes razon.

(Aparece don Alvar en el fondo, sin ser visto.)

RODRIG. Cedeis al cabo.

FERNAN. No lo sé. (Con indecision.)

RODRIG. ¿Cómo?

FERNAN. (Resolviéndose.) Sí, Rodrigo, cedo;
la ambicion pudo más que la conciencia.

RODRIG. ¡Bien, don Fernando, bien!

ALVAR. ¿Qué escucho, cielos?

(Aparte: se retira y mueve ruido como de gente que llega.)

Ese traidor nos vende.

RODRIG. Mi venganza
halló por fin el suspirado puerto.

FERNAN. ¡Qué rumor!...

RODRIG. Viene gente; aquí, ocultaos.

(Llevándolo detrás de unas cortinas.)

FERNAN. Si me descubren... (Ocultándose.)

RODRIG. No.—Fatal encuentro.

(Aparte, viendo entrar á don Alvar.)

ESCENA VI

RODRIGO y DON ALVAR

ALVAR. (Aparte desde la puerta del fondo.)
De mis ojos le ocultó;
vamos, astucia, con tino,
que este pícaro es ladino
y aun más debo serlo yo.

RODRIGO. (Aparte.) Si por acaso fatal
mi secreto conociera,
¡qué pronto callar le hiciera
la punta de mi puñal!
Imposible; no lo creo.

ALVAR. (Aparte, adelantándose.)
Finjamos, que importa así.

RODRIGO. ¿Cómo don Alvar aquí?

ALVAR. ¿Cómo aquí, Rodrigo, os veo?

RODRIGO. ¿Qué rara casualidad
nos ha juntado á los dos?

ALVAR. (Maliciosamente.) Eso me lo direis vos...

RODRIGO. (Con recelo.) ¿Eh?

ALVAR. Si no es curiosidad.

RODRIGO. Extraño, por vida mia,
que á la tienda hayais venido.

ALVAR. Mayor mi extrañeza ha sido;
encontraros no creia.

RODRIGO. Tan tarde, ¿cuál pudo ser
la causa que á ella os guió?

ALVAR. A estas horas, no sé yo
lo que os pudo aquí traer.

RODRIGO. ¿Asuntos de gravedad
os llaman?... ¿No respondeis?

ALVAR. Eso, vos me lo direis...

RODRIGO. ¿Yo?

ALVAR. Si no es curiosidad.

RODRIGO. Don Alvar, ya me importuna
que tanto saber querais,
y mil preguntas me hagais,

sin responder á ninguna.

ALVAR. Pues tambien me enojo yo
de veros tan porfiado,
sin que á lo que he preguntado
me respondais sí ó no.

RODRIGO. Vaya, decirme quereis...

ALVAR. ¿Por qué en la tienda os hallé?

RODRIGO. ¿Cómo?

ALVAR. Como que lo sé.

RODRIGO. (Aparte.) ¡Qué escucho! (Alto.) ¿Vos lo sabeis?

ALVAR. Fuerza decirlo será.

RODRIGO. (Turbado.) No entiendo...

ALVAR. (Aparte.) ¡Qué turbacion!

RODRIGO. ¡Se confunde mi razon!
(Aparte, mirando hácia donde está oculto don Fernando.)

ALVAR. ¿A quién buscais? (Aparte.) Allí está.

RODRIGO. (Reponiéndose.) Proseguid.

ALVAR. Como os decía,
del campamento el rumor
os trajo, fiel servidor,
donde el deber lo exigia.

RODRIGO. Sin duda... la causa es esa.

ALVAR. Luego ya sabeis, Rodrigo,
que esta noche el enemigo
nos prepara una sorpresa.

RODRIGO. Cierto aviso recibí...

ALVAR. Tambien otro nos han dado
de que nos vende un malvado
con capa de amigo, aquí.

RODRIGO. (Receloso.) ¿Y quién?...

ALVAR. ¿No lo conoceis?

RODRIGO. (Apàrte.) Me ha descubierto. (Alto.) Yo, no.
Pero vos...

ALVAR. Tampoco yo...

RODRIGO. Pues si vencerle quereis...

ALVAR. ¿Cómo?

RODRIGO. Partid vos ahora,
(Queriendo persuadirle con interés.)

y esa cobarde agresion
que prepara el de Leon,
rechacemos sin demora.
Corra al arma nuestra gente,
dispóngase á la pelea,
y el enemigo nos vea
cara á cara y frente á frente;
y cuando su intento vano
juzgue lograr altanero,
halle desnudo el acero
del soldado castellano.
Partid, pues, y con presteza
muestre el campo su denuedo;
en tanto yo, aquí me quedo
para avisar á su alteza.

ALVAR. ¿Y el que nos vende traidor,
sin castigo ha de quedar? (Pausadamente.)

RODRIGO. Si no le podeis hallar,
¿de qué sirve ese furor?

ALVAR. Pues, Rodrigo, antes que todo,
y os lo juro por mi nombre,
he de beber de ese hombre
la sangre vil.

RODRIGO. ¿De qué modo?

ALVAR. ¿Lo quereis al punto ver?

RODRIGO. ¡Yo!...

ALVAR. Sí; al punto lo vereis.

RODRIGO. (Con ansiedad.) ¡Luego todo lo sabeis!

ALVAR. Rodrigo, ¿qué he de saber?
(Con indiferencia que gradualmente se convierte en ira.)
Yo no sé sino que vos,
infame y cobarde espía,
con villana alevosía
correis de la muerte en pos.

RODRIGO. (Furioso.) ¡Don Alvar!

ALVAR. Sí, de la muerte.
Ya entre mis manos estás,
y en ella apurarás

la amargura de tu suerte.
En tus redes te he cogido
sin que puedas escaparte;
llama, que venga á librarte
ese adalid escondido.

RODRIGO. ¡Oh rabia!

ALVAR. Que salga, pues,
(Adelantándose hácia donde está oculto don Fernando.)
si no le falta valor.

RODRIGO. ¡Atrás!
(Sacando su daga y poniéndose delante de don Alvar.)

ALVAR. (Sacando su espada.) ¡Eh! Paso, traidor,
ó muerto caes á mis piés.

RODRIGO. ¿Mi secreto conociste,
y aun vives? No; por quien soy
que has de morir, Alvar, hoy,
ya que tú mismo quisiste.
En fiero huracan deshecho,
mi rencor se aumenta tal
que no basta mi puñal
para saciarme en tu pecho.

ALVAR. De tus furores me rio
como burlé tu traicion.
Salga, pues, tu campeon,
que á entrambos os desafío.
Mas no, que el verdugo espera,
y en ruin sangre de villanos
yo nunca teñí mis manos;
daos presos.

RODRIGO. ¿De qué manera?
Eres poco para mí.

ALVAR. Paso.

RODRIGO. Atrás.

ESCENA VII

DICHOS y DON FERNANDO; despues DON SANCHO

FERNANDO. (Saliendo embozado.)
Deja, Rodrigo.

ALVAR. ¡Infames!

FERNANDO. (A don Alvar.) Soy tu enemigo,
ven.

SANCHO. (Saliendo.) ¿Qué es esto?

RODRIGO. ¡El rey aquí!

(Rodrigo guarda su daga y don Alvar su espada; don Fernando continúa embozado en un extremo del teatro y en primer término.)

SANCHO. ¿Quién en mi tienda, atrevido,
tal alboroto promueve?

RODRIGO. Señor...

FERNANDO. (Aparte.) De vergüenza muero.

ALVAR. Permitid que yo os lo cuente.
Mientras con sueño apacible,
señor, en tu lecho duermes,
dos puñales homicidas
te preparan cruda muerte.
Con hipócrita apariencia,
tus asesinos crueles
su proceder encubrian;
mas quiso mi buena suerte
que hoy en mi poder cayeran.
Míralos, aquí los tienes.
(Señalando á don Fernando y Rodrigo.)

SANCHO. ¡Qué escucho!

RODRIGO. Falsa impostura.
Yo...

ALVAR. Rey don Sancho, creedme.

RODRIGO. (A don Alvar.)
Sella el labio.

SANCHO. (A don Rodrigo.) Ten el tuyo,
pues ya en tu rostro se advierte
de la turbacion el sello,
que en vano ocultar pretendes.
Pronto dame estrecha cuenta
de tus proyectos aleves,
ó haré llamar al verdugo
si tu confesion detienes.

RODRIGO. Venga, pues.

SANCHO. (A don Fernando.)

Y tú, ¿qué haces
que encubierto permaneces?
¿Tal ultraje á mi persona?
¿Conmigo tan insolente?
Abajo al punto el sombrero,
antes que el furor me ciegue
y en polvo convierta airado
la altivez con que me ofendes.

RODRIGO. (Aparte.) Somos perdidos.

FERNANDO. Don Sancho,
está cubierto quien puede.

ALVAR. (Adelantándose á don Fernando.)
Tal descaro...

SANCHO. (A don Alvear.) Deteneos.
(Aparte.) ¡Me ha sorprendido!
(Alto á don Fernando.) ¿Quién eres?

FERNANDO. De nada importa mi nombre
cuando en tu poder me tienes.
Tu mayor contrario soy,
la venganza te compete;
tómala, pues, sin demora;
saber mi nombre no intentes,
que para vengarte airado
sobra con que aquí me encuentres.

SANCHO. Sí, sobra para tu daño;
y si bastante no fuese,
lo altivo de tus palabras
harto mis iras enciende.
Mas antes de castigar
tu traicion, cual lo mereces,
será fuerza que ese rostro
lleno de vergüenza muestres.
Vasallo, tu rey lo manda,
(Acercándose á don Fernando.)
humilla ante mí la frente.
Abajo el sombrero.
(Quitándoselo á don Fernando y tirándoselo al suelo.)

FERNANDO. (Asomando el rostro por el embozo.)
¡¡¡Sancho!!!

SANCHO. (Asombrado.) ¡Justo cielo!
ALVAR. (A don Sancho.) ¿Qué os sorprende!
SANCHO. (Bajo á don Fernando.)
¡Digna accion de un caballero!
RODRIGO. (Aparte.) La sangre en mis venas hierve.
FERNANDO. Tuyo soy.
SANCHO. (Alzándole él mismo el embozo.)
Cubre ese rostro.
ALVAR. ¡Guardias!
SANCHO. (A don Alvar.) Silencio, imprudente.
ALVAR. Yo de su custodia fío.
SANCHO. ¿Quién tal encargo os comete?
FERNANDO. (Aparte.) ¡Qué humillacion!
RODRIGO. (Aparte á don Fernando.) Aun es tiempo;
muramos como valientes.
FERNANDO. (A don Sancho.)
Vuestra es mi vida, tomadla.
SANCHO. (A don Fernando.)
¡Ah!... no te conozco, vete.
ALVAR. ¿Qué decís? Cuando hace poco
pensaban daros la muerte...
SANCHO. Don Alvar, yo los perdono.
FERNANDO. (Con amargura.)
¡Me perdona!
ALVAR. ¡Apenas creen
mis ojos lo que están viendo!
Señor, ¿el castigo es ese
que dais á su crímen?
SANCHO. Sí.
FERNANDO. (Aparte á don Sancho.)
Véngate.
SANCHO. (Bajo á don Fernando.)
Calla, no afrentes
la memoria de tu nombre,
la corona de tus sienes.
ALVAR. (A don Sancho.)
Pero tal mudanza en vos...
SANCHO. (Afectando indiferencia.)
¿No quereis que me avergüence

de castigar dos villános
cuyos golpes nunca hieren?
Para esta gente perdida
mi alteza lugar no tiene,
ni el puñal de un asesino
llegar á mi pecho puede.
¿No los veis cómo aterrados
de su crímen se extremecen?
Dejadlos; sólo el desprecio
su loco intento merece.

FERNANDO. (Aparte á Rodrigo.)
¡Me insulta!

RODRIGO. (Idem á don Fernando.)
Tened, que pronto
verá si mi brazo teme.

ALVAR. Esa ciega confianza...

SANCHO. No me engaña.

ALVAR. Mas advierte,
señor, que si por mandato
de don Fernando viniesen,
inútil es que perdones
á quien nunca se arrepiente.

SANCHO. ¿Qué has osado proferir?
Mi hermano, como valiente,
como noble y como rey,
tales ardides no entiende;
su corazón es honrado;
si el error pudo vencerle,
no fué tanto que al extremo
de ser traidor le indujese.

FERNANDO. (Irritado.) ¡Don Sancho!

SANCHO. (A don Fernando.) Silencio digo.
(A don Alvar.) Vos, despejad.

ALVAR. ¡Qué pretendes?

SANCHO. (Aparte á don Alvar.)
Interrogarles me ocurre
por si cómplices tuviesen,
ó en el campo alguna trama
se agitase sordamente.

ALVAR. (Aparte á Sancho.)
¿Y solo te he de dejar?
SANCHO. (Idem á don Alvar.)
No importa. Si se ofreciere,
acude al menor ruido.
ALVAR. (Idem.) Pero señor...
SANCHO. (Alto.) Obedece.
ALVAR. (Aparte, yéndose; se queda parado en la puerta del fondo.)
Raro capricho á fe mia;
no comprendo.
SANCHO. (Viéndolo.) ¿Qué os detiene?
(Se dirige hácia él, y cuando don Alvar se ha ido, cierra don Sancho la puerta del fondo, y despues se dirige pausadamente á don Fernando, que permanece siempre en el mismo sitio. Rodrigo continúa en el lado izquierdo de don Fernando.)
Ni aun me atrevo á sospechar
que asesinarme quisieses,
(Aparte á don Fernando.)
Fernando; mas tu venida,
por lo extraña me sorprende;
vuelte á tu campo, y mañana
probemos ambos la suerte,
y no cual vil enemigo
en mi tienda te presentes.
Como á rey, en la batalla
mi brazo sabrá vencerte;
como asesino cobarde,
te desprecio... ¿Qué más quieres?
FERNANDO. Y piensas...
SANCHO. No; tal infamia
tu pecho abrigar no puede.
Yo te perdono, en tí fío.
Adios. (Yéndose.)
RODRIGO. (Aparte.) ¡Muera!
FERNANDO. (Aparte, deteniéndole.) No, detente.
SANCHO. (Desde la puerta de su cuarto.)
Adios, Fernando. (Aparte.) ¡Es preciso

que ahora su intencion penetre!
Cierro la puerta y observo.
¡Ay de él si ingrato me vende! (Váse.)

ESCENA VIII

DON FERNANDO y RODRIGO

FERNANDO. ¡Cielos! ¿Qué me resta ya,
si eché en mi sangre un borron
y en vergonzosa traicion
manchado mi nombre está?
¿Qué he de hacer cuando humillado
no encontré valor en mí
para responder aquí
de mi orgullo lastimado?
¿Qué venganza he de tomar
de quien viéndose ofendido,
dando su ofensa al olvido,
sólo supo perdonar?
¿Ni cómo mi limpio honor,
cobarde, en tan poco tengo
que aun en la vaina mantengo
el acero vengador?

RODRIGO. ¿Y qué tarda vuestra mano,
cuando ese mismo perdon
os lo da, como padron
de vergüenza, vuestro hermano?
¡Basta ya; brille luciente
el rayo de nuestra ira!

FERNANDO. Sí; la venganza me inspira
el furor que el pecho siente.

RODRIGO. ¡Oh gozo! Dejad, dejad.
(Mirando por la cerradura del cuarto de don Sancho.)
A su lecho se volvió.
(Con sarcasmo.)
¡De tal modo os despreció!

FERNANDO. Me desprecia; sí, es verdad.
¿Qué dudo?

RODRIGO. La humillacion
por instantes va creciendo,
y á voces está pidiendo
sangrienta reparacion.

FERNANDO. La tendrá.

RODRIGO. Y en ello fío;
mas el golpe no perdamos:
los soldados que apostamos
vendrán á un aviso mio;
yo salgo á reconocer
de la tienda el rededor;
vos, en tanto, guardador
de su sueño debeis ser.
Si nos ayuda la suerte,
de una bocina el acento
escuchareis, y al momento
dareis á don Sancho muerte.

FERNANDO. Pero tú...

RODRIGO. Yo al punto aquí
acudiré diligente,
seguido de nuestra gente;
descuidad, señor, en mí.

FERNANDO. Vuela, que ya la razon
sólo á mi vista presenta
la vergüenza de mi afrenta,
los sueños de mi ambicion.

RODRIGO. (*Aparte.*) Abreme, necio, el camino,
mientras yo, de sangre avaro,
rencoroso te preparo
aun más horrendo destino.
(*Yéndose por la puerta de la izquierda.*)
Adios.

FERNANDO. ¡Ah! Busca otro medio;
me horrorizo á mi pesar.

RODRIGO. (*Ya en el umbral de la puerta.*)
La bocina ha de avisar.

FERNANDO. Detente.

RODRIGO. Ya no hay remedio,

ESCENA IX

DON FERNANDO; EL CENTINELA, dentro

FERNAN. No hay remedio, es verdad; arrepentido,
mi triste corazon lo busca en vano;
pero la afrenta mi furor enciende,
y no hay poder en mí para apagarlo.
Duerme tranquilo en apacible sueño
y en tu noble clemencia confiado;
no despiertes ¡oh Sancho! al golpe aleve
que, fratricida vil, yo te preparo.
¡Qué horrible situacion! ¡Cómo devora
la fiebre mi cerebro trastornado,
y cómo el crímen sin piedad me arrastra
con mi conciencia tímida luchando!

CENT. (Dentro.)
Vela.

FERNAN. ¡Qué voz!... ¡Ay!... ¡Me extremezco!...

OTRA VOZ. (Dentro, más lejana.)
Vela.

FERNAN. Hasta el grito de alerta del soldado
me asusta, y en fatídicos temores
aumenta mi terror y sobresalto.
(Volviéndose asustado.)
¿Si estaré sólo? Sí; nadie me observa,
nadie, y ansioso la señal aguardo.
Mas si oculto enemigo me escuchara;
si entre las sombras el semblante airado
del espectro que roba mi sosiego...
asomase fatal... ¡Sí! ¡No me engaño!
¡Sus moribundos ayes en mi oido
resuenan! ¡Ya le veo! ¡El es! ¡Huyamos!
(Corriendo por la escena aterrado.)
No me sigas, aparta, ¿qué me quieres?
¡No me sigas, por Dios! ¡Suelta mi mano!
Suéltala, que la sangre en que la tiñes

me abrasa el corazon! Si por acaso
mi delito repruebas, me arrepiento.
¡Yo me arrepiento de él! ¿Por qué, inhumano,
te ases de mis cabellos?... ¡Ay! Me matas
(Encogiendo la cabeza como si en efecto le tirasen de los cabellos.)
con la fuerza terrible de tu brazo.
(Lucha para desasirse, fingiendo conseguirlo.)
¡Aun sangriento á mis ojos te levantas
con gigantescas formas, aumentando
tus horribles facciones!... ¡Quita! ¡Quita!
¡No te acerques á mí!

CENT. (Dentro.) Vela.

FERNAN. Sí... callo,
Pero á tus plantas mi perdon imploro.
(De rodillas.)
¡Muévate generoso mi quebranto!
¡Por compasion... ¡ay! guarda aquese acero!
(Señalando al cuarto de don Sancho.)
¿Allí me llevas? ¡No, detén el paso!
(Llorando y extendiendo los brazos.)
¿No bastan ¡ay! las lágrimas que vierto
y este cáliz que apuro tan amargo
de mi dolor cruel? ¡Suéltame, aleve!
¡Muévate al menos mi copioso llanto!
(Cae al suelo.)

CENT. (Dentro, cantando.)
Ya despunta de la aurora
el dorado tornasol;
vela, vela, castellano,
el sueño de tu señor;
vela... vela.

ESCENA X

DON FERNANDO y DON SANCHO

SANCHO. (Apareciendo en la puerta de su cuarto sin salir á la escena, señalando á don Fernando, que permanece desmayado en el suelo.)
Víctima triste de la suerte impía,
de pérfidos consejos fiel esclavo,
apura la ponzoña de tu crímen
y ven despues á mis amantes brazos.
(Don Fernando vuelve gradualmente en sí; al notarlo don Sancho, entra otra vez en su cuarto y cierra.)

ESCENA XI

DON FERNANDO

FERNAN. ¡Ni aun puedo respirar! ¡En torno mio
(Mirando alrededor y levantándose.)
no encuentro nada que aterrarme pueda!
Todo fué un sueño, sí; ¡pero qué horrible
deja en mi pecho del dolor la huella!
¡Cuál se abrasa mi frente, marchitada
por el pesar agudo que me aqueja,
por el pesar que intenso me consume,
por la amargura atroz que me envenena!
Salir quiero de aquí. Lo intento en vano,
la ambicion y mi agravio me encadenan;
pero yo quiero huir... quiero... Lo ignoro;
ya ni valor ni voluntad mé queda.
¡Dios poderoso, mi plegaria escucha;
disipa de mi pecho la tormenta;
no airada contra mí tu faz se muestre;
para vencer mi crímen dame fuerzas!
(Suena dentro el sonido agudo y prolongado de una bocina. Al oirle don Fernando, exclama fuera de sí:)
¡Oh! ¡La señal! ¿Qué furia vengadora

de mi cansada mente se apodera,
y en vértigo infernal me precipita
y en convulsion horrible me atormenta?
¡Cielos!... ¿En vano tu furor imploro?
¿Tú me abandonas?... ¿Tu piedad me niegas?...
¿Quieres que mi delito se consume?
Pues bien, ya vibra su puñal mi diestra;
abre, destino, de mi atroz venganza,
de mi ambicion fatídica la senda;
tus pasos sigo delirante y ciego,
y sangriento y traidor, me arrojo en ella.
No hay razon, no hay honor cuando en el pecho
arde la llama de sentida afrenta,
que es el orgullo rápido torrente
que al hombre arrastra y al abismo lleva.
(Vuelve á sonar la bocina.)
¡Sí; ya te escucho! Tus malditos ecos
harto en mi oido sin cesar resuenan.
(Sacando su puñal.)
Ya te obedezco, sí; llegó la hora,
y en el mundo no habrá quien me detenga.
(Se dirige al cuarto de don Sancho. Al llegar, se abre la puerta y sale don Sancho.)

ESCENA XII

DON FERNANDO y DON SANCHO

SANCHO. Yo solo.
FERNAN. ¡Ah! (Se queda inmóvil y confuso.)
SANCHO. ¡Vacilas, te extremeces!
¡Confuso te detienes á la puerta!
Ven, yo te aguardo impávido y sereno;
hiere, Fernando, la ocasion es esta.
FERNAN. ¡Me aguardas!... (Con voz balbuciente.)
SANCHO. ¿No lo ves? ¿Pero qué importa?
Si en tu poder estoy, ¿qué te amedrenta?
Vibra el acero, y en tu propio hermano
tu criminal rencor sañudo venga.

FERNAN. ¡Déjame!... ¡No prosigas!...
SANCHO. ¡Asesino!
FERNAN. (Irritado.) ¡Yo!
(Serenándose de pronto.)
No me injuries, Sancho; ten la lengua.
SANCHO. ¿Y cómo he de llamar á quien sorprendo
envuelto de la noche en las tinieblas,
con el puñal armado, y que á mi vista
el rostro oculta y de pavor se llena?
¿Eres tú, por ventura, aquel mancebo
que en los albores de su edad primera,
vástago noble de su estirpe clara,
fundó el orgullo y la esperanza de ella?
¿Eres tú el adalid que embravecido
al lado de su padre en la pelea,
lauros de gloria conquistó radiantes
á las feroces huestes agarenas?...
¿Eres tú el que Leon su rey proclama?
¿El que ciñe de Alfonso la diadema,
y á cuyo honor un pueblo se confía,
y en cuyas manos su destino entrega?
¿Eres acaso el rey que de su antojo
ó de su mismo error en la defensa,
injusto, mas valiente y caballero,
á sostener sus hechos se presenta?...
No; yo no miro en tí más que un infame
que en vil intriga su valor emplea;
un asesino, sí; yo lo sostengo;
si lo quieres negar, esta es la prueba.
(Asiéndole la mano en que tiene el puñal.)
FERNAN. ¡Suéltame!
SANCHO. (Señalando á su cuarto.)
Desde allí, suspensa el alma,
(Sin soltarle.)
y absorto al contemplar tu torpe mengua,
la realidad mis ojos no creian,
y ese puñal la realidad me muestra.
¿Por qué brilla en tus manos? ¿Por qué brilla
cuando sus filos en tu honor penetran?

Alzale vengador contra mi pecho,
si tal es tu intencion; no te detengas.

FERNAN. ¡Yo!...

SANCHO. (Estrechándole fuerte la mano.)
Sólo un golpe; mírame, le aguardo...
(Viendo que don Fernando permanece quieto, le suelta con desprecio.)
Ni aun para ser traidor tienes firmeza.

FERNAN. (Colérico.)
¡Sancho! ¡Sancho!

SANCHO. (Con calma.) Fernando...

FERNAN. No me ultrajes...
que solos nos hallamos en la tienda.
¡Vil asesino me llamó tu labio!
¡Vil asesino yo! Sí; justo era
que pues el crímen me inspiró cobarde,
sufriese los agravios de tu lengua.
Aun arde empero de mi sangre altiva
el fuego que circula por mis venas;
aun aquí mismo presentarme puedo
erguido y orgulloso en tu presencia.
¿Me deshonra el puñal?... De mí le arrojo.
(Tirándolo al suelo.)
La noble espada á combatir se apresta,
(Sacando su espada.)
y el hombre á quien Leon su rey proclama,
valiente y caballero se presenta.
Sancho, rey de Castilla, al ofendido
da luego de su agravio estrecha cuenta,
y el combate feroz que anuncia el alba
aquí termine con la vida nuestra.
¡Tú los nobles que insultan mi persona
acoges en tu reino y los alientas,
y aun contra mí tus huestes aguerridas
diriges de su causa en la defensa!...

SANCHO. Su causa es la justicia.

FERNAN. Con la espada
tan sólo has de probarme que lo sea.
Desnúdala, y verás que tambien puedo,

sin que mis iras la traicion proteja,
tu acero convertir en mil pedazos
y humillar á mis plantas tu soberbia.

SANCHO. ¿Tú?... ¡Quién sabe! Mas ímpetus tan locos
en el pecho de un rey nunca se ostentan,
ni la vida que al pueblo se consagra
puede ser blanco de parciales quejas.
El duelo que provocas, imprudente,
Dios, y la ley, y el mundo lo reprueban;
yo no le admito; mi deber, mi sangre,
tu propia dignidad me lo aconseja.

FERNAN. ¿No le admites?

SANCHO. No puedo.

FERNAN. ¡Qué celoso
de tu decoro y tu deber te muestras!
¡Abnegación tan grande me cautiva!
(Sardónicamente.)
pero en este momento no la tengas;
haz un esfuerzo sobre tí, y advierte
que de consejos la ocasion no esta.
Que es preciso lidiar, que yo lo exijo,
que el cáliz agoté de mi paciencia,
que la espada desnudo, y que si tardas,
he de pasarte el corazon con ella.
Defiéndete.

SANCHO. Jamás.

FERNAN. Pronto, al instante.

SANCHO. Fernando, mira que el furor te ciega.

FERNAN. Defiéndete, repito; no me obligues
á cometer un crímen.

SANCHO. ¿Y á qué esperas?
Yo no he de combatir.

FERNAN. ¿No?

SANCHO. No.

FERNAN. Pues muere. (Va á herirle.)

SANCHO. Hé aquí mi pecho. (Presentándosele.)

FERNAN. ¡Ay Dios! (Aterrado y tirando la espada.)

SANCHO. El te contempla; (Con solemnidad.)
pídele tu perdon, y vuelve, hermano,

de la virtud á la perdida senda.
¿Oyes? (Se oye á lo lejos el toque de diana.)

ESCENA XIII

DICHOS y RODRIGO, que entra sin ser visto por la puerta de la izquierda

RODRIG. (Aparte y se coloca en el fondo.)
¡Aun vive Sancho!
SANCHO. El alba asoma
y mis huestes saludan su presencia.
Llegó el momento del feroz combate;
Dios la justicia y el valor proteja.
Toma la espada, y á tu campo vuelve
antes que el sol á descubrirte venga,
y al frente de ambas haces uno y otro,
disputemos el lauro de la guerra.
RODRIG. No será por mi nombre. (Aparte.)
FERNAN. (Aparte.) ¡Me confundo!
RODRIG. (Aparte.) Los dos han de reñir en esta tienda,
y el que triunfante de la lucha quede,
de sus contrarios el despojo sea.
SANCHO. Vete.
(Rodrigo se dirige á donde está la antorcha.)
FERNAN. ¿Sin ir vengado?
SANCHO. Vete al punto.
Harto abusaste ya de mi clemencia.
(En este momento, y al dirigirse don Sancho hácia la puerta de la izquierda, Rodrigo apaga la antorcha y queda oscura la tienda.)
¿Qué es eso?
FERNAN. ¡La luz matas!
¡Tú me vendes!
SANCHO. ¡Yo!
FERNAN. ¡Sí!
RODRIG. (Desde el fondo en alta voz.)
¡De la venganza la hora suena!
SANCHO. ¡Qué voz!

FERNAN. ¡Tu gente hipócrita apostabas!
RODRIG. (Fingiendo contestar por don Sancho.) Sí.
SANCHO. ¿Quién, osado, mueve aquí la lengua?
¿Qué inaudita conjura de traidores
amaga entre las sombras mi existencia?
(Buscando á quien gritó.)
FERNAN. Mi espada; no la encuentro.
(Buscándola; Rodrigo procura encontrarse con él.)
SANCHO. ¿Qué pretendes?
(Desde aquí irá la escena con la mayor viveza posible.)
FERNAN. ¿A tus soldados sin piedad me entregas?
Pues bien, dame la espada, no les temo;
sangre á torrentes en la lid se vierta;
pero dame la espada, y todos juntos
tus verdugos cobardes á mí vengan.
RODRIG. (Que se ha acercado á tientas á don Fernando.)
Toma. (Dándole el puñal.)
SANCHO. ¿Deliras? Sálvate.
FERNAN. ¿Quién arma
del tremendo puñal mi airada diestra?
(Deteniendo á Rodrigo.)
No te vayas; ¿quién eres?
RODRIG. Tu destino.
FERNAN. ¡Mi destino! Seguir quiero tus huellas,
y tras de tí bajar al mismo infierno.
SANCHO. ¡Fernando!...
FERNAN. (Buscando á don Sancho.) ¿Dónde estás?

ESCENA XIV

DICHOS, DON ALVAR y CABALLEROS

ALVAR. (Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.)
¡Abrid la puerta!
SANCHO. (Sin saber á dónde atender.)
¡Mis soldados!
ALVAR. ¡Abrid!
(Continúan dando golpes toda la escena.)
FERNAN. ¿Dónde te ocultas?

RODRIG. (Llevando á don Fernando.) Sigue mis pasos.
SANCHO. (A don Fernando.)
Sálvate.
RODRIG. (Aparte á don Fernando, guiándole por la oscuridad.)
No temas.
FERNAN. (Asiendo en su furor á Rodrigo, creyendo que es don Sancho.)
Ya estás en mi poder, rey altanero.
El destino me dicta tu sentencia.
RODRIG. (Luchando con don Fernando.)
¡Voto al infierno!
FERNAN. (Hiriendo á Rodrigo.) ¡Muere!
RODRIG. (Cayendo en el cuarto de la izquierda.)
¡¡Ay!!
(Al mismo tiempo don Alvar echa abajo la puerta del fondo, y aparece en ella, sin entrar, con una antorcha en la mano y seguido de algunos caballeros.)
ALVAR. ¡Don Sancho!
SANCHO. (Deteniéndole.)
Atrás, ninguno á penetrar se atreva.
FERNAN. (Irritado é inmóvil.)
Mi destino cumplí.
SANCHO. (A don Alvar.) Dadme la antorcha,
y al punto despejad.
(Don Alvar le da la antorcha y se retira con los caballeros.)

ESCENA XV

DON FERNANDO y DON SANCHO

FERNAN. (Aparte, horrorizado.)
Pero... ¿no era
Sancho mi hermano? ¡Sí! Gran Dios, ¿qué he [hecho?
Yo su asesino fuí; con él perezca.
(Va á herirse.)
SANCHO. (Presentándose con la antorcha en la mano.)
Detente.
FERNAN. ¡Sueño!
SANCHO. No.
FERNAN. ¡Sombra terrible!

SANCHO. Te engañas. Sancho soy; mi pecho alienta.
FERNAN. (Dando un grito de alegría y arrojándose en los brazos de don Sancho.)
¿Qué dices? ¿Es verdad? ¡¡¡Hermano mio!!!
SANCHO. Mis brazos borren de tu honor la afrenta.
FERNAN. ¿Y á quién...
SANCHO. (Señalando el cuarto donde está el cadáver de Rodrigo.)
Mira.
FERNAN. ¡Rodrigo! ¿Qué misterio?...
SANCHO. Admiremos de Dios la providencia.
Rodrigo tu venganza alimentaba,
y él mismo sucumbió víctima de ella.
FERNAN. (Aparte.) No acierto á respirar.
SANCHO. Parte á tu campo.
FERNAN. No, que otra cosa mi deber me ordena.
SANCHO. ¿Cuál?
FERNAN. (Gritando.) Don Alvar, soldados, caballeros,
aquí pronto.
SANCHO. ¡Fernando!
FERNAN. Todos vengan.
SANCHO. ¿Cuál es tu intento? Aguarda.

ESCENA XVI

DICHOS, DON ALVAR, CABALLEROS y SOLDADOS

ALVAR ¿Qué nos quieres?
(Don Sancho se dirige en el acto á don Alvar, le ase por la mano y le lleva á la puerta del cuarto donde está muerto Rodrigo.)
SANCHO. (Aparte á don Alvar.)
Ese cadáver sepultura tenga.
Y ved que del secreto de esta noche
me habeis de responder con la cabeza.
FERNAN. (Con solemnidad.)
Ricos-omes, valientes caballeros
que de Sancho seguís la noble enseña;
Fernando de Leon, vuestro enemigo,
ante vosotros todos se presenta.
(Sorpresa general.)

ALVAR. ¡El!

FERNAN. Sí, yo mismo soy, nada os admire;
mi aparicion extraña no os sorprenda,
que al dirigir mis pasos á este sitio,
cumplo de Dios la voluntad suprema.
Sancho, mi falta sin rubor declaro;
injusto fuí contigo y la nobleza,
y hollando sus blasones y tu nombre,
ciego de orgullo provoqué la guerra.
Yo del mundo á la faz perdon te pido.
La justicia triunfante resplandezca,
y á su fulgor la vanidad del hombre
húndase vil y en polvo se convierta.
Perdóname.

SANCHO. (Tendiéndole los brazos.)
¡Fernando!

FERNAN. Sí; en tu seno
descanso y paz mi corazon encuentra,
y nunca el brillo de mi real corona
miré más puro que al borrar mi ofensa.
(Amanece, iluminándose de pronto la escena.)
Ya luce el sol, de la batalla nuncio;
nuéstros soldados con valor le esperan;
presentémonos, pues, cruzando amigas
de Leon y Castilla las banderas.

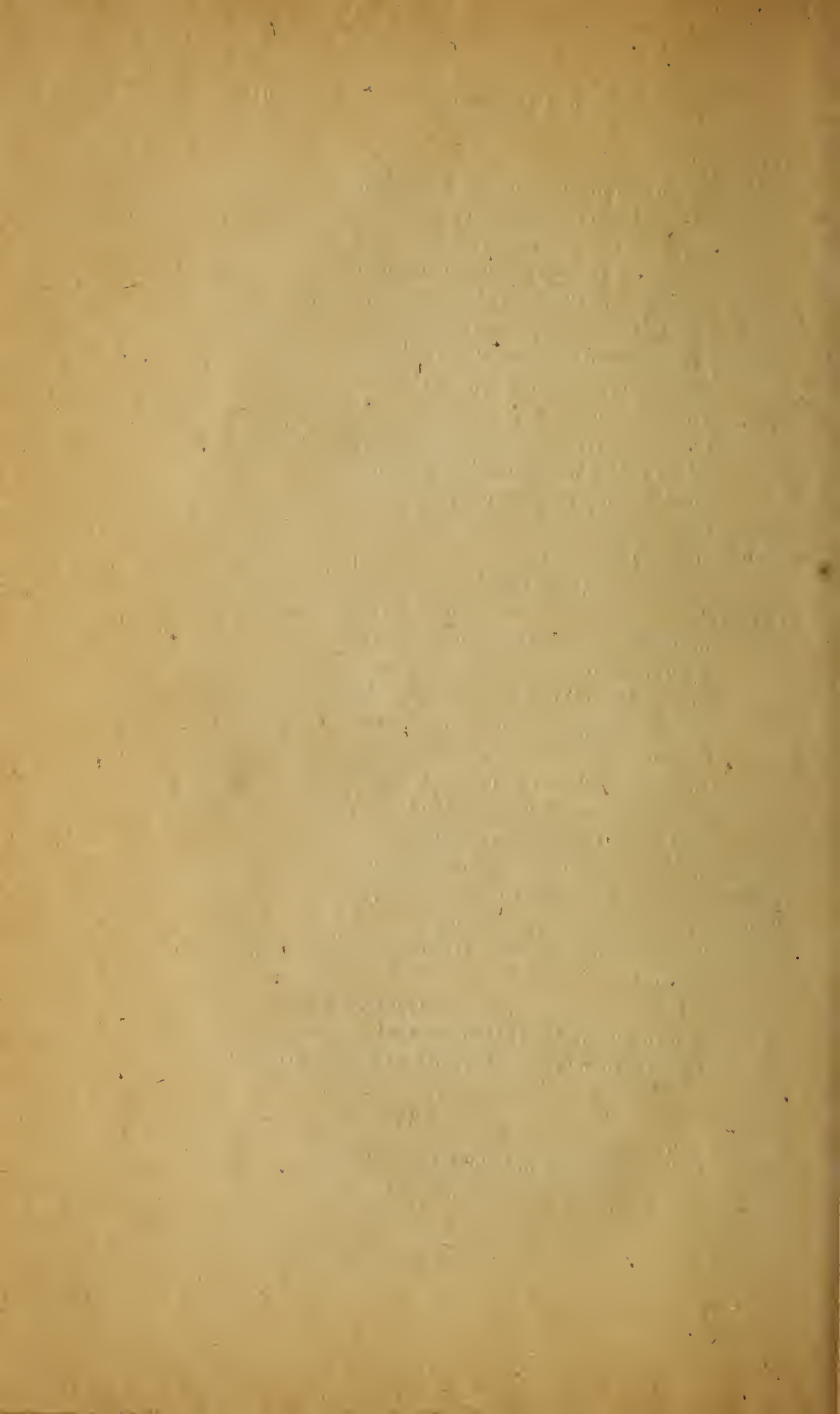
SANCHO. ¡Ninguno vencedor, todos hermanos!

FERNAN. Sí; gloria y prez á tu justicia excelsa.

TODOS. ¡Vivan Fernando y Sancho!

FERNAN. (Abrazando á don Sancho y abriéndose paso por entre la multitud.)
¡Plaza... plaza,
y esta aurora feliz el campo vea!
(Todos salen en tropel por la puerta del fondo. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA



PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe, Salón del Heraldo; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Columela, núm. 11, principal.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5.